MASTER
NEGATIVE
NO. 93-81160-4

AUTHOR:

LAGARRIGUE, JUAN ENRIQUE

TITLE:

CARTA AL SENOR DON J. ALFREDO FERREIRA

PLACE:

SANTIAGO DE CHILE

DATE:

1900

Master Negative #

93-81160-4

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

146
L1364 Lagarrigue, Juan Enrique, 1852-
...Carta al Señor Don J. Alfredo Ferreira, por
Juan Enrique Lagarrigue. Santiage de Chile, 1900.
18 p. 17 cm.

VOLUME OF PAMPHLETS

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3-8-93 INITIALS JAMES
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT



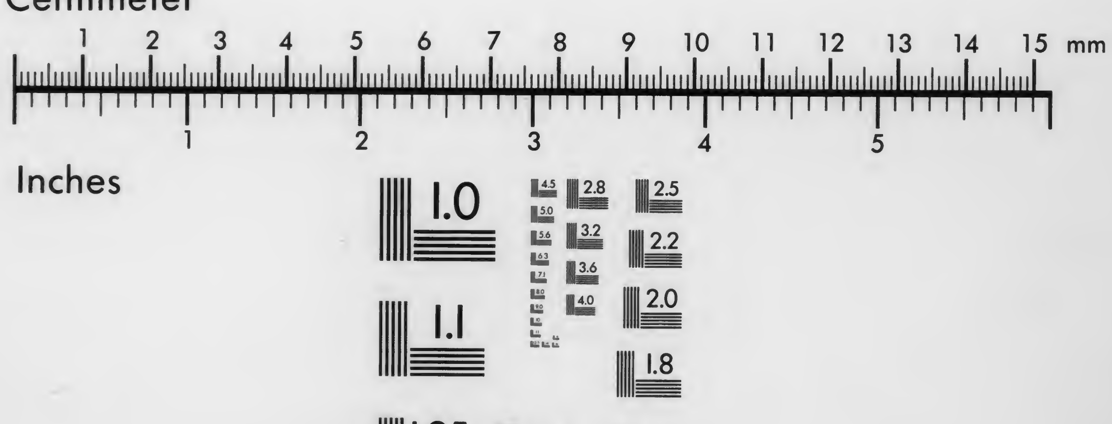
AIIM

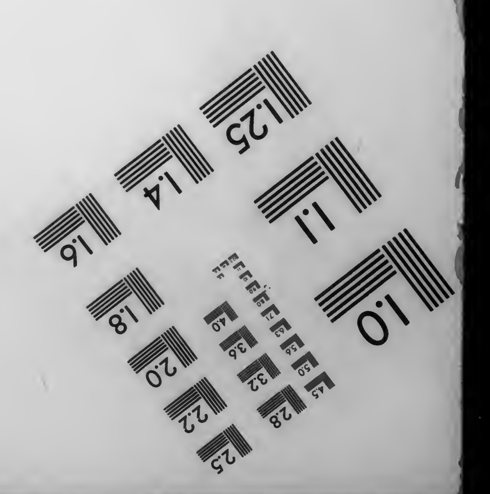
Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202







MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

no. 4

CARTA AL SEÑOR

DON J. ALFREDO FERREIRA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

El Amor por principio y el Orden por base; el Progreso por fin.

CARTA

AL

Señor Don J. Alfredo Ferreira

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE
Año 46.° de la Religión de la Humanidad
1900

SANTIAGO DE CHILE
—
IMPRENTA Y LIBRERIA ERCILLA
58—BANDERA—58
—
1900

Señor Don

J. ALFREDO FERREIRA

en Buenos Aires

Apreciado señor y amigo:

Me permito responder públicamente á su atenta y cordial carta de octubre de este año. Pienso, como Ud. que la profunda tolerancia religiosa de la gran ciudad de Buenos Aires, facilita la propaganda en su seno de la doctrina altruista. Pero no interpreto, como Ud. en sentido adverso al Positivismo, la tendencia á volver al catolicismo que se observa en mucha gente ilustrada. Esto no atestigua, me parece, sino hastío de dudar y horror al negativismo. Ahora bien, como el sublime espíritu de la Religión de la Humanidad sea desconocido

aún en general, no es raro que se trate de buscar refugio en la antigua fe. Tomemos pues ese anhelo de creer por excelente disposición para convertirse al Positivismo. Esforcémonos en poner tan de manifiesto la suprema santidad de nuestra doctrina, que todas las naturalezas generosas se sientan obligadas á incorporársele. Á menudo se la confunde todavía con la simple ciencia. cuya esterilidad moral repugna á los corazones elevados. Nunca dejará de ser exacta esta admirable sentencia de San Pablo: *la ciencia infla, pero la caridad edifica.* Sin embargo, el Positivismo no excluye la ciencia, sino que la subordina siempre al amor. Regenerada de ese modo, ella se hace plenamente religiosa. Lo mismo sucede con la industria que no ha de ser movida por el egoísmo, sino por el altruismo. El amor mas puro debe inspirar toda nuestra vida. ¿Cómo podría mantenerse lejos del Positivismo, mujer ú hombre alguno de noble índole

que conociere su verdadero espíritu? De boca femenina ha brotado este feliz concepto sobre nuestra doctrina: La Religión de la Humanidad es de todas las religiones la que tiene más conciencia.

Encaminar las almas á la virtud supera á todo. Eso es precisamente lo que se han propuesto las diversas religiones. Los abusos que en su nombre puedan haberse cometido, no les arrebatan de ninguna manera su rango excelso. Como término glorioso de todas ellas surge ahora la Religión de la Humanidad. Esta doctrina lleva la virtud á su mayor perfección, eliminando lo sobrenatural que contraría el alto vuelo del amor con preocupaciones egoístas. Vivir para los demás, es el gran principio positivista que lo coordina todo en convergencia social. Del amor de la Familia se pasa al amor de la Patria, para elevarse en fin al amor de la Humanidad. Merced al Positivismo, la mas completa unidad preside nuestra existencia. Co-

mo todo individuo debe abstenerse de perjudicar en lo menor á la Familia, sirviéndola por el contario lo mas posible, toda Familia debe conducirse lo mismo respecto de la Patria, y toda Patria respecto de la Humanidad, cuyo supremo imperio es incontestable. He ahí como un resumen de la moralidad definitiva. Privada ó públicamente, como miembros de nuestra familia ó de nuestra patria, nos incumbe proceder siempre de manera que los intereses de la Humanidad prevalezcan. Pero si á veces parece haber desacuerdo entre los intereses universales y los nacionales ó domésticos, en el fondo, lo que mas conviene á la Humanidad favorece al fin á la Patria y la Familia. Cuando Familia y Patria saben subordinarse á la Humanidad, se vuelven siempre mas morales y por lo tanto mas felices. Suele decirse: no es el individuo para la Familia, la Patria y la Humanidad, sino ellas para él. Mas entonces desaparece la moral, pues el de-

ber sólo puede consistir en someter la personalidad á la socialidad. Es cierto que, bajo el punto de vista afectivo, intelectual y activo, el individuo es un producto de la Familia, la Patria y la Humanidad; pero ellas lo forman precisamente para que se consagre á amarlas, conocerlas y servirlas cada vez más, contituyendo esto el verdadero destino de todo hombre.

Vivo interés despierta hoy la cuestión social que más propiamente debiera llamarse la cuestión proletaria. Mucha energía se gasta, sin embargo, en rumbos que no conducen á su verdadera solución. Puede decirse que el error común que vicia de raíz á las diversas escuelas socialistas, es que pretenden resolver la cuestión social independientemente de la cuestión moral. Nada decimos de que muchas veces parece que fuera mas bien el odio al rico que el amor al pobre, lo que mueve á los defensores de la clase obrera. Serán sin-

ceras sus intenciones, pero es indudable que ninguna verdadera reforma de la existencia humana puede operarse con sentimientos enconosos sino con sentimientos generosos. El amor sin mezcla de odio es lo único que regenera. Por eso el gran esfuerzo que se lleva ahora á la cuestión social, necesita purificarse de toda tendencia iracunda ó sangrienta, penetrándose de un santo espíritu de bondad. Y no se tema que así los caracteres puedan debilitarse. Al contrario, si hay algo que fortalezca altamente, que dé una perseverancia invencible y que haga triunfar de los mayores obstáculos es el amor. Toda persona de voluntad firme que le sea ajeno, si llegare á inspirarse en él verá duplicarse su entereza. Nada vigoriza el alma como la esperanza del bien que podemos hacer á nuestros semejantes. Es preciso, en una palabra, obrar siempre movido del amor para contribuir realmente á la felicidad del género humano. Fuera de esa regla suprema toda labor es infecunda.

Abordando con ese santo espíritu la cuestión social, el Positivismo le da su verdadera solución. Desde luego establece que nadie tiene derechos sino deberes. Estos nacen del altruismo, aquellos del egoísmo. Cada hombre es un funcionario público, un servidor obligado de la Humanidad, en donde han de finalizar siempre sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos. En cuanto á la riqueza, como sea indudablemente social en su origen, debe serlo también en su destinación. Pero su mejor administración exige que esté condensada en cierto número de personas que nuestra doctrina llama patricios para significar la benevolencia paternal de que deben sentirse animados respecto de los obreros. Y á estos corresponde naturalmente el título de proletarios que indica á su vez el afecto filial con que han de mirar á sus dignos jefes. Las relaciones entre unos y otros se basan pues en el altruismo. Patricios y proletarios concu-

rren al mismo fin, dirigiendo aquellos y ejecutando estos los diversos trabajos industriales. Son, por decirlo así, los generales y los soldados del ejército de la paz que se ocupará únicamente en servir á la Humanidad. Cuando se aconseja á los obreros la preocupación del ahorro, no se observa que de ese modo se les incita á salir del proletariado. Este tiene que formar siempre la inmensa mayoría de la población, y su verdadera dignidad consiste en su desapego á la riqueza. Para ser feliz le basta que el sueldo le permita sustentar sin miseria á su familia. Y es deber de los patricios asignárselo en tal forma. Bien entendido, que se puede pasar del proletariado al patriciado y viceversa, siguiendo vocaciones decididas. La suerte de los proletarios, bajo el Positivismo, será más favorable que la de los patricios, porque estos se verán conturbados por la responsabilidad del mando, mientras que aquellos llenarán su misión social libres

de esa inquietud, siéndoles dado también, por lo mismo, gozar mas ampliamente de las puras afecciones domésticas

Comienza á imponerse la cuestión femenina, pero se tiende á resolverla erróneamente. Sin la presidencia moral de la mujer, la felicidad del hogar es imposible. Su verdadera misión no es ni intelectual, ni práctica, sino afectiva. La carrera industrial, como la teórica, es contraria á su naturaleza. No quiere decir esto que se le cierren tales vías. Pero no es ese de ninguna manera su destino propio. Es en el hogar donde debe llenar la mujer su gran función humana, perfeccionando los corazones, inspirando siempre el altruismo, como madre, esposa, hermana é hija. Y esto implica que el sexo amante se halle exento de las labores públicas, correspondiendo al hombre proveer respetuosamente á su sustento. La verdadera emancipación de la mujer consiste en

sustraerla á los trabajos que le impidan desarrollarse conforme á su generosa índole. Siendo, como es evidente, de mejor corazón que el nuestro, á ella le toca formarnos moralmente. Deben pues dársele las condiciones de existencia que requiere su alta misión. A la santa educación que ejerce la mujer, coadyuva el sacerdocio con su enseñanza teórica en que sistematiza socialmente las ciencias para favorecer la práctica del bien. Es también atribución del sacerdocio servir de mediador en los conflictos privados y públicos, administrar los sacramentos sociocráticos, que encadenan la existencia del hombre desde su nacimiento hasta su incorporación, después de su muerte, en el seno de la Humanidad, y celebrar solemnemente en los templos altruistas el culto sociolátrico que es una idealización completa del orden normal, junto con una glorificación del pasado en sus grandes fases fetiquista, politeísta y monoteísta

que prepararon el advenimiento del Positivismo. Todas las cuestiones se resumen en la cuestión religiosa, y es de esperar se reconozca luego que ella está resuelta de un modo definitivo por la Religión de la Humanidad, que nos organiza santamente para la felicidad universal.

Actualmente el espíritu de división se muestra donde quiera, de sexo á sexo de clase á clase, de pueblo á pueblo, de raza á raza, de continente á continente Pero, gracias á la Religión de la Humanidad, tan completa discordia ha de transformarse en armonía universal. La incomparable ciudad de París que dió nacimiento á esa sublime doctrina está llamada á dirigir la regeneración final de nuestra especie. En parte alguna se experimenta como ahí el amor universal. París se siente la capital del mundo, pues mira á todos los hombres como si fueran sus ciudadanos y todos los hombres le están ligados como á propia patria. So-

ciológicamente ese es el centro espiritual de nuestro planeta, la ciudad por excelencia de la Humanidad. En París se resume sobre todo, el siglo que termina, el cual será eternamente memorable, no ciertamente por su gran desarrollo material, sino porque en su transcurso apareció la Religión definitiva. A mediados del siglo XIX fundó, en efecto, Augusto Comte la doctrina altruista bajo la inspiración sagrada de Clotilde de Vaux. De ahí datará la era normal en que fué instituida sociocráticamente nuestra existencia. Ya se perciben anuncios de que París, penetrándose de su gloriosa misión, no tardará en guiar á todos los pueblos con la Religión de la Humanidad.

Considerando ahora su honrosa invitación que le agradezco, le diré que no me parecería justo apartarme de mi patria, salvo para trabajar en París, que encierra los felices destinos del mundo entero. En esa verdadera metrópoli universal, cumplió su misión religiosa mi hermano Jorge Lagarrigue, sin dejar por eso de amar á Chile, en donde reposan sus restos conforme á sus votos. Debo también decirle, á propósito de su invitación, que un defecto congénito de oído no me permite servir nuestra doctrina sino con la pluma. Aquí en Chile, á pesar de sus desfavorables preocupaciones internacionales, parece que se está verificando un movimiento de respetuosa simpatía hacia la Religión de la Humanidad. Como el verdadero patriotismo no consiste en halagar las pasiones de nuestra propia patria, sino en procurar que se eleve á la mayor perfección moral, en este sentido he tratado de aconsejar siempre á mi país. Una vez que Chile se halle libre de sus cuestiones internacionales pendientes, abrigo la esperanza de que sabrá convertirse noblemente. Entonces se formará en mi patria un vigoroso ejército altruista para la guerra del bien, en que la contienda entre

las naciones redundará sólo en provecho y gloria de la Humanidad. Si la República Argentina llegara á vencernos en esta santa lucha, no tendríamos sino motivos para regocijarnos.

Salud y Fraternidad.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Avenida del Brasil, 36)

nacido, en Valparaiso, el 28 de enero de 1852

*Santiago, 22 de Federico el Grande de 46**

(26 de Noviembre de 1900)

(*) Creemos obedecer al verdadero espíritu del Maestro al datar de la era normal y no de la gran crísis, porque el movimiento revolucionario se prolonga demasiado en perjuicio de la reorganización social y moral. Nos parece también que refiriéndonos á la fundación de nuestra doctrina, trataremos de servir la mejor. Por lo demás, el siglo excepcional debía terminar, según los votos de Augusto Comte, en 1889, y no hallamos prudente autorizar, por decirlo así, su deplorable alargamiento, conservando aun la data revolucionaria. ¡Ojalá se persuadieran todos los positivistas de que ya conviene recurrir á la era normal para vigorizar el movimiento religioso!